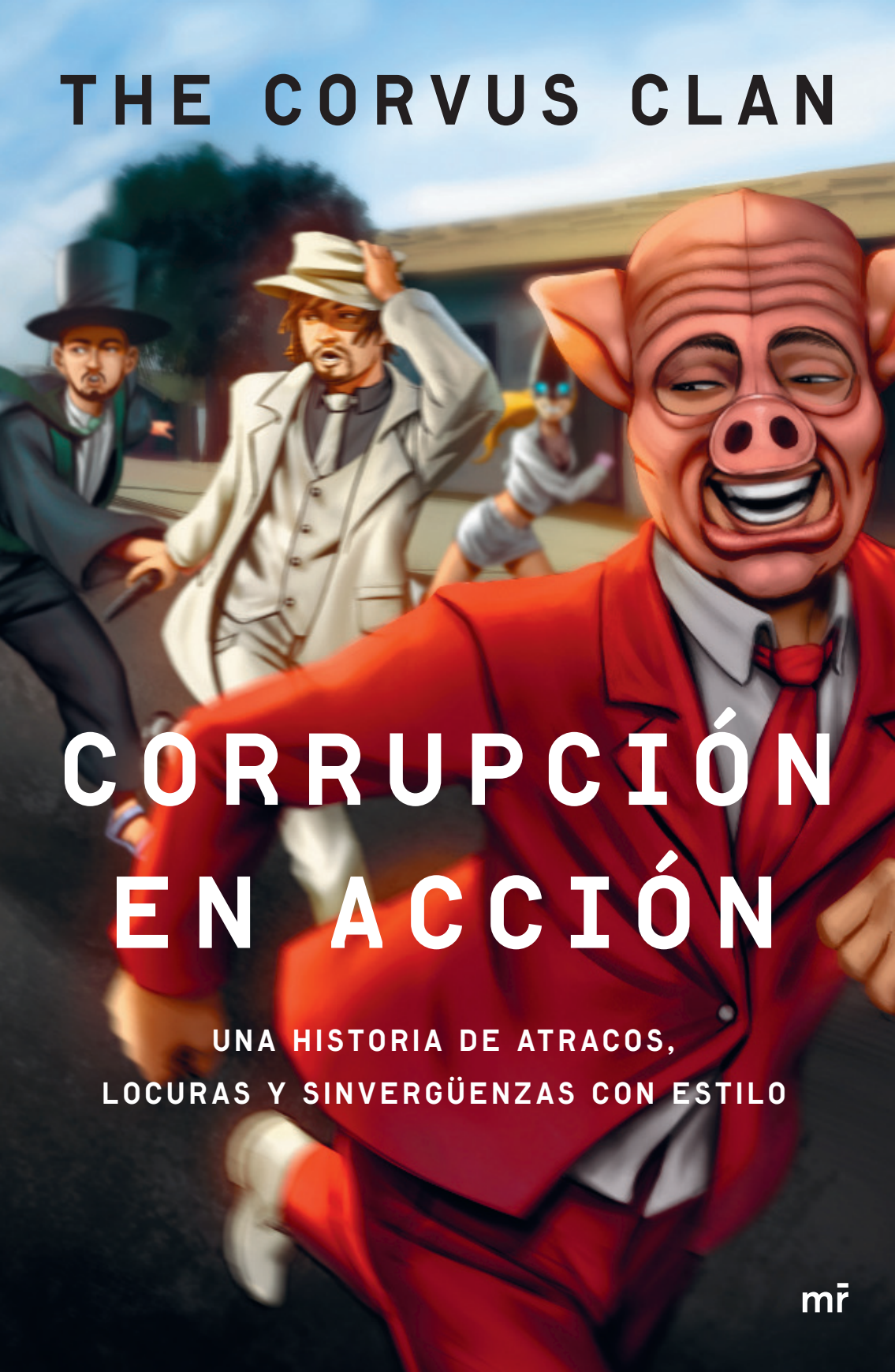

THE CORVUS CLAN

# CORRUPCIÓN EN ACCIÓN

UNA HISTORIA DE ATRACOS, LOCURAS Y SINVERGÜENZAS CON ESTILO

mr

# The Corvus Clan

# Corrupción en acción

mr̄

El papel utilizado para la impresión de este libro
es cien por cien libre de cloro
y está calificado como **papel ecológico.**

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Diseño de la cubierta: Departamento de Arte y Diseño,
Área Editorial Grupo Planeta
Ilustración de la cubierta: Iruko
Fotografía de contracubierta: cortesía del autor

© The Corvus Clan, 2017
© Editorial Planeta, S. A., 2017
Ediciones Martínez Roca, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.planetadelibros.com
Primera edición: enero de 2017
ISBN: 978-84-270-4280-3
Depósito legal: B. 23.794-2016
Preimpresion: Safekat, S. L.
Impresión: Huertas, S. A.
*Printed in Spain* - Impreso en España

# ÍNDICE


1. Atrapados ..... 11
2. El Mago ..... 18
3. El encargo ..... 33
4. El golpe ..... 45
5. En apuros ..... 57
6. Amixita ..... 71
7. ¡Venganza! ..... 83
8. El plan de Bala ..... 88
9. Cibermanguis ..... 105
10. El secuestro ..... 114
11. Un alcalde con sorpresa ..... 126
12. Recuerdos ..... 138
13. Volando voy ..... 146
14. Basta de ruido ..... 161
15. Maincra ..... 175
16. Buena gente ..... 186

# CAPÍTULO 1
# ATRAPADOS

—Bala, ¿te acuerdas de la peli del otro día?

—¿Qué peli?

—*Snatch*. La del Brad Pitt y el Jason Statham.

—Sí, me acuerdo. La vimos en tu casa. ¿Por qué narices me preguntas eso ahora?

—¿Te acuerdas de la escena de la liebre?

—¿La liebre? ¿Qué liebre?

—Cuando el gitano hace una apuesta con el turco, sobre si los galgos van a cazar o no a la liebre.

—*Cagoentó*, Corvus, estás como una cabra. ¿Y qué pasa en esa escena?

—El gitano le pregunta si la liebre está jodida.

—Sí, ya...

—Pues eso. Nosotros somos la liebre, colega.

Me llamo Corvus y estoy metido en un lío. Quizá, como la liebre de *Snatch*, estoy bien jodido. Y conmigo mi colega el

Bala. «Bala Perdía», le gusta que le llamen. Así, sin la «d». Pero casi todo el mundo le llama «el Gitano» por su forma de vestir, porque a veces se pone un traje blanco con sombrero para los atracos. Como hoy. Va muy elegante, el tío. Vamos a salir los dos muy bien en las fotos de la prensa y en la ficha policial. Si nos pillan...

Ah, sí, no lo había dicho: somos atracadores. Pero de buen rollo, que quede claro. Los ladrones de verdad somos gente honrada, tenemos un código. No somos como los políticos, qué diablos. Nosotros damos la cara. Bueno, la cara no, porque solemos llevar una máscara. Yo sobre todo, que siempre me pongo, para los atracos, una de goma con la cara de un cerdito. ¿Por qué? Y yo qué sé. Por dar la nota, me imagino. También suelo llevar traje rojo. Por elegancia y porque no me escondo. Me gusta que se me vea, que sepan que soy yo. Me gusta el riesgo.

Pero no tanto, caramba. Hoy nos hemos metido en un lío gordo. Y eso que el golpe parecía pan comido cuando nos lo encargaron hace unos días. Menudo mierdón ha resultado todo esto. No había ni un duro en la caja y la poli ha llegado enseguida. Casi como... Sí, como si nos estuvieran esperando. Bah, habrá sido casualidad. Pero la verdad es que pocas veces la hemos cagado tanto como hoy. Aquí estamos, Bala y yo, detrás del mostrador del banco, con cincuenta policías ahí fuera, apuntándonos. En realidad no sé si son cincuenta. No los he contado. Pero cuando te apuntan con armas, un solo tío se multiplica.

—Corvus, ¿qué hacemos?

—No sé, colega. Estoy pensando.

Estoy pensando, pero no en la manera de salir del lío. La cabeza me divaga hoy bastante. ¿Cómo hemos llegado a esta

situación? Somos tíos normales, de un barrio normal de esta ciudad, que no es ni muy grande ni muy pequeña. A Bala le conozco de toda la vida. Fuimos juntos al cole, un colegio público, de barrio. Mi familia era normal. Vamos, lo típico: alguna bronca, pero siempre de buen rollo, con cariño.

Vale, no es que fuera un estudiante ejemplar, pero ¿quién lo es? La culpa es de los planes de estudios, que cambian cada dos por tres, ¿no? Eso dicen los periódicos. Cómo no va a salir uno delincuente. Lo raro es que no haya más gente como nosotros. De acuerdo: quizá nosotros éramos un poco más gamberros de lo habitual. Nos gustaba liarla. Pero por lo demás éramos unos chavales corrientes. Jugábamos al fútbol cerca del muelle y al escondite en una calle cortada que había detrás de nuestras casas. También jugábamos a policías y ladrones. Lo que pasa es que todos queríamos ser los ladrones. Mira por dónde: sueño cumplido. Va a ser verdad que, con esfuerzo, uno logra lo que se propone.

—Corvus, Bala, joderrrr... ¿Estáis bien?

Es la voz de Pivitrón, por el móvil. Pivitrón, Pivi o «el Abuelo» es otro miembro de la banda, la voz de la experiencia. Está fuera, en el coche, con Chupita, esperándonos para la fuga. Pero la fuga se ha complicado, la verdad. Nuestra táctica es siempre parecida: Bala y yo entramos pistola en mano. Somos el grupo de acción. Y Chupita y el viejo nos esperan fuera. El abuelo, porque no está para muchos trotes. Y Chupita porque conduce de maravilla. Es lo único que hace bien.

No sé cómo se llama de verdad el abuelo, pero Chupita es su hija y dice llamarse Deborah. Deborah Melo. ¿En serio? Pues sí, eso cuenta ella. Teniendo en cuenta que es bastante boba, seguro que se lo ha inventado porque le parece gracioso. O

porque está salida, como su viejo. Pero, ojo: ni Bala ni yo nos hemos enrollado nunca con ella. Mola su vestidito corto de enfermera (es un disfraz, porque no tiene ni idea del tema), pero es que hay un problema: no estamos seguros de si es un tío o una tía. Viste como una tía, habla como una tía, pero... Qué sé yo. Hay algo raro en ella.

Lo que está claro es que el padre y la hija son los dos bastante imbéciles. Será cosa genética. ¿Que si estamos bien? ¿Qué pregunta es esa? ¿Es que están ciegos y no ven la movida que hay?

—No, no estamos bien —les respondo—. Estamos como la liebre de *Snatch*.

—¿La liebre de qué? ¿De qué hablas, *desgraciao*?

Eso digo yo. Las cosas que se le pasan a uno por la cabeza cuando está metido en un follón así. Me crie en un barrio normal y fui a una escuela pública. ¿Cómo no iba a salir un gamberro? Pero soy buen tío. Tenedlo claro, perdedores. De hecho, estoy seguro de que voy a salir de aquí como sea.

—Corvus, colega, tenemos que hacer algo —me insiste Bala.

—Vale, tío. Tranquilo. Vamos a ver el lado positivo. Chupita y el abuelo están fuera y de alguna manera milagrosa han conseguido pasar desapercibidos. Así que algo de apoyo tenemos.

—¿Apoyo?

—Sí, leches: la mitad del comando sigue activa. Por otra parte tú y yo estamos en... En...

—¿En la mierda?

—Sí. Bueno, no. Estamos como «en *standby*». No es la mejor situación del mundo, pero todavía no nos han cogido. Así que solo tenemos que pensar en una solución.

—¿Solución? Tío, qué mierda...

—Sí, sí, la verdad es que sí. Pero vamos a usar la cabeza en vez de lloriquear.

Echo un vistazo alrededor. La típica sucursal de caja de ahorros convertida en banco. Aparte del logotipo nuevo, lo mismo de siempre: unos ventanales a la calle, un mostrador, un par de mesas, mucha publicidad, algunos rehenes en el suelo, dos atracadores con pistolas y una oficina en la parte de atrás. Lo típico. Parece que estas sucursales las hagan en serie.

—Venga, Bala, piensa. Esto es un trabajo de equipo. Como cuando éramos pequeños. Siempre estábamos montando bandas y al final nos librábamos de todos los marrones.

—No, de todos no. Más de una vez tu madre y la mía nos dieron de tortas.

—Tío, céntrate en lo positivo. No seas como el chivato aquel del cole, el Ricardito.

—¿Apestofis?

—Ese. Siempre se estaba chivando de lo que hacíamos. Era un mierdero.

—Ya, ya... Oye, colega.

—Dime, socio.

—¡¿Estás tonto o qué?! Primero no sé qué peli y una puñetera liebre. Y ahora Ricardito y el cole. Pero, ¿qué has *fumao*?

—Bah, estás muy negativo. Mira, cúbreme.

—¿A dónde vas?

—A comprar tabaco, no te digo. Tío, voy a echar un vistazo. Y a ver si se me ocurre algo.

Me levanto de detrás del mostrador. En la calle hay una barrera de coches de la policía local. ¿Tan poca cosa somos

que nos mandan solo a estos? En fin, está claro que por la puerta no vamos a salir. Lo de abrirse paso a tiros funciona solo en las series. Si lo intentáramos aquí lo que nos iban a abrir serían unos cuantos agujeros en el pellejo. ¿Y el aire acondicionado? No, eso también es un rollo de las películas. No creo que quepamos en los conductos. Y aun suponiendo que pudiéramos entrar, ya sería demasiado que nadie nos viera meternos dentro y que encima nos dieran tiempo para largarnos. Además, nos íbamos a poner buenos los trajes. Y por si eso fuera poco, me imagino que el aire acondicionado desemboca en el aparato de la calle, ¿no? Justo donde están todos los polis. Descartado.

La oficina del director no es gran cosa. Una mesa grande, una caja fuerte abierta y vacía (el mierdón mayor del día) y un cuarto de baño completo y solo para él. Es lo bueno de ser jefe, ¿no? Que tienes privilegios. Detrás del mostrador hay otro baño para los currelas, mucho más pequeño, en el que apenas caben un retrete y un lavabo canijo.

Me están viniendo a la cabeza muchos recuerdos. Será verdad que cuando estás en peligro la vida te pasa ante los ojos. Aunque no como una película. Son como *flashes*, imágenes sueltas. Me estoy acordando, no sé por qué, de un día que dimos un palo en la armería de Matías. Éramos unos críos. Ah, y cuando digo «armería» me refiero a una tienda diminuta que vendía munición, zapatos y ropa de camuflaje a los cazadores, no a una de esas tiendas de las pelis americanas en las que puedes comprar un cañón.

Era invierno y había anochecido pronto. Nos colamos por la ventana de la trastienda, le mangamos unas pistolas de aire comprimido y nos dedicamos a reventar las farolas del barrio de al lado. Un barrio de ricos. Nosotros no hacemos el mal en nuestra comunidad, no somos tan tontos. Nos lo pasamos bien

aquel día. Reventamos por lo menos cincuenta farolas. Es alucinante cómo explotan las bombillas encendidas: el filamento sigue encendido durante unos segundos, pero se consume de golpe y se apaga. Engancha mirarlo. Pero eso no fue lo mejor. En mitad de la movida nos encontramos con Ricardito. Siempre volvía del colegio a casa por allí. Le gustaba andar por las calles de los ricos. Decía que de mayor iba a ser rico. Con lo tonto que era, no creo que lo haya conseguido.

En fin, como de costumbre, al puñetero Apestofis le faltó tiempo para delatarnos. Pero no le salió bien: cuando se puso a gritar nuestros nombres y a alertar a los vecinos, nos lanzamos a por él disparándole perdigones. Salió como un rayo y, para correr más, dejó caer su mochila de empollón. En ese momento oímos la sirena de un coche de la poli. Así que cogimos la mochila, en la que su madre había escrito muy claro su nombre: «Ricardo...». No me acuerdo de los apellidos. El caso es que le metimos dentro las pistolas antes de desaparecer de allí. Le debieron de montar una buena. Que le den, por *pringao*.

Sí, fue un buen golpe el de la armería. En realidad uno de nuestros primeros golpes. Y este cuarto de baño de los currelas es diminuto. Ya que estoy voy a aprovechar para... Qué mierda, es tan pequeño que casi no se puede mear de pie. Claro, aquí solo trabajan tías y... Mierda, ahora que lo pienso. La liebre de *Snatch* al final se salva.

—Bala.

—¿Qué pasa, socio?

—Ya sé cómo vamos a salir de aquí.